

poner una colina, ví por la vez postrera el pueblo y la casa de Isabel. Partí, pero mi corazón quedó con ella. Llegué á mi destino, y como llevaba por condición no salir del colegio hasta no haber acabado mis estudios, tú viste bien con cuánto ardor me entregué á ellos. Devoraba los libros, adelantaba las lecciones, y mi aplicación no tenía límites. Mi amada era el norte que me dirigía. Su imagen encantadora estaba siempre delante de mis ojos; y en sus cartas no cesaba de amonestarme á que abreviase el plazo de nuestra ausencia. Así permanecí cuatro años enteros.

Mas ¡oh inconstancia del corazón humano! Tú te acuerdas que visitábamos una casa, que si no era de mala nota, y si guardaba todas las exterioridades del decoro, carecía la familia que la habitaba de aquella prudente reserva que debe observarse aun entre los conocidos de mayor confianza. Con vergüenza y con dolor lo digo; pero la fuerza de la verdad me obliga á confesar que deslumbrado por las gracias de una de aquellas jóvenes, olvidé por algún tiempo á la inocente y sencilla Isabel. Te hablo en estos términos porque tú estás instruido de cuanto pasó en este lance. Por poco tengo la desgracia de entregarme á los vicios, empezando en ellos mi carrera con el odioso título de seductor. Plugo al cielo librarme del mal, salvando á la víctima del peligro en que la puso mi temeridad. Abrí los

ojos y me encontré á la orilla de un abismo. Isabel se presentó de nuevo á mi ofuscada mente, llamándome al sendero de la virtud.

Estaba yo para dar fin á mis estudios, cuando recibí una carta suya, en que me echaba en cara mi inconstancia. No sé por qué conducto había llegado á su noticia lo que acabo de referir; lo cierto es que sus palabras indicaban la profunda sensación que la había causado mi conducta. Respondí como pude, apresurando mi regreso, con ánimo de dar en persona la satisfacción debida á tal ofensa. Ya me hallaba en camino, cuando supe la nueva más infausta que pudiera haber recibido. Isabel se acababa de casar con Don Antonio de Echeandia, sujeto rico, de quien hablé antes, el cual había partido inmediatamente á España, huyendo con su bella consorte de la guerra civil que devoraba nuestra nación. La rabia y el despecho se apoderaron al punto de mí; prorrumpí en violentas imprecaciones contra la perjurá que había violado sus promesas; juré una venganza sangrienta, y entré en un furioso delirio. Mas ¡ay! ¡de qué servían mis maldiciones y lamentos! Mientras yo los exhalaba, acusando al cielo y á la tierra, el objeto de mi amor sucaba los mares, interponiendo entre mí y ella una distancia inmensa.

Pasados los primeros arrebatos, entré dentro de mí, y reflexioné que yo era más

delincuente que Isabel, pues que la había olvidado en algún tiempo por motivos verdaderamente culpables. Esta reflexión me arrancó lágrimas de vergüenza; y me abaté y anonadé como el reo que escucha la sentencia que tiene justamente merecida. ¡Oh qué cruel ha sido tu venganza! exclamaba yo como un loco. Te perdí, Isabel, y te perdí para siempre. . . . Entonces me acordaba de la pregunta que la dirigí en nuestra representación dramática, de su respuesta, y del infausto presentimiento que tuve. Mi cabeza desfallecida no podía soportar el peso que la oprimía; al fin caí en una especie de insensatez que me duró algún tiempo.

Este incidente, unido á la interceptación que sufrían entonces los caminos á causa de la guerra, me hicieron variar de rumbo y dirigirme á la ciudad de. . . . Allí había dado Isabel la mano á su esposo; allí había renunciado á su primer amante; allí había sellado la rígida sentencia de mi condenación. La fama de su hermosura era grande entre aquellos moradores. Quién celebraba su talle, quién sus facciones, quién sus gracias y viveza. Cada alabanza que llegaba á mis oídos, era una flecha que despedazaba mis entrañas. Encontré un retrato suyo en poder de una de sus amigas, y saqué una copia en miniatura para conservarla conmigo. Aunque su rostro estaba grabado en mi memoria, me pareció al copiarlo, que

su hermosura había llegado en mi ausencia á toda la perfección de que era capaz. Pues aun no igualaba la pintura al original me dijo la amiga. ¡Oh! si vd. la hubiera oído tocar el clave! ¡y qué de su conversación! Vamos, todo era en ella un hechizo.

De allí me dirigí al pueblo donde la había conocido. ¡Qué pequeño! ¡qué triste! ¡qué miserable me pareció! Recorrí la casa, el cementerio vecino, la huerta, la fuente que la regaba, y todo lo encontré cubierto de desolación. Y el riachuelo que mansamente circundaba la pradera, y el bosque que más allá se levantaba, y la encumbrada montaña, y el escarpado risco, objetos en otro tiempo gratos, me llenaban ahora de tedio y amargura. ¡Qué mucho si estaba ausente la que derramaba en ellos el esplendor y la alegría! El cura había salido á un viaje, y no pudiendo yo soportar la vista de aquellos sitios, me separé de ellos sin aguardar la vuelta de mi bienhechor, y darle las gracias por los beneficios que me había dispensado.

Partí de allí á Veracruz para ver siquiera el puerto por donde había salido de su patria aquella hermosísima fugitiva. Estático y mudo miraba desde el muelle salir la luna en su trono de nácar, detrás de las azuladas ondas. Felices regiones, exclamaba yo, las del oriente, que gozan de la presencia de mi amada! ¡Quién me diera volar á donde se halla, sentarme á su lado, y

respirar el aire que respira! Bajaba los ojos, y al ver el mar y las losas del muelle, decía: Aquí puso ella sus plantas por la última vez: allí entró en el bote que la aguardaba: más adelante estaba anclada la fragata que debía conducirla: y allá en los confines del horizonte, vió por la postrera ocasión su tierra natal. Te fuiste, amada mía, trocando tu patria y mi cariño por otros lugares, y también por otros amores. Adiós, adiós. . . . A tan sentidas quejas exhaladas en el silencio de la noche, sólo respondía el murmullo de las ondas, que impelidas por la ligera brisa, se quebraban blandamente sobre la arena y conchas de la ribera.

No podía descansar á ninguna hora: mi vida era un continuo tormento. Este afán, esta congoja continua, me hizo salir de la ciudad, y sentar plaza en las filas de los patriotas, no tanto por servir á mi patria, como por poner fin á mi existencia. Pasaré en silencio esta parte de mi historia, bastando decir, que busqué la muerte y que ella huyó de mí; que al terminar desgraciadamente la insurrección, fui hecho prisionero; que sufrí una larga reclusión, y que al fin se me perdonó la vida, conmutándoseme aquella pena en destierro perpetuo á las Islas Filipinas.

Me hallaba en Acapulco pronto ya á partir al lugar de mi condena, cuando llegó de España la amnistía que las Cortes con-

cedieron á los insurgentes de América. En virtud de esta gracia regresé á México, donde estuve muchos días postrado en cama de unas violentas tercianas que contraje en la costa. Me vi casi á las orillas del sepulcro; pero la Providencia me libró de él, reservándome á nuevas aventuras. Luego que salvé del peligro, pasé á vivir en compañía de un amigo á una casa de campo situada en la Ribera de San Cosme. Recobré al fin la salud del cuerpo, pero no la del ánimo, el cual permanecía por habitud triste y doliente.

Vine un día á la ciudad, y oyendo doblar las campanas en la iglesia de San Fernando, entré en ella á la sazón que se celebraban las exequias de una joven, cuyo cadáver estaba allí, colocado en un catafalco negro, rodeado de cirios. El edificio se hallaba casi solo. Una música fúnebre, pero solemne y religiosa, excitaba en el alma fuertes sensaciones. Todavía tengo presente que cuando el coro de religiosos entonó con una voz grave y pausada, que hizo estremecer las elevadas bóvedas del templo, aquellas palabras: "Acuérdate de mí, Señor, porque mi vida es un soplo," yo caí en un profundo abatimiento. ¡Cuán distante estaba de adivinar los acontecimientos que la fortuna me preparaba!

Concluidos que fueron aquellos lúgubres oficios, salí de la iglesia á tiempo que salía delante de mí una señora, cuyo airoso cuer-

po, visto por la espalda, llamó mi atención. Iba vestida de una saya de terciopelo negro, y cubierta con una mantilla adornada de riquísimas blondas. Al llegar á la puerta del cementerio, y subir al coche que la aguardaba, volvió la vista casualmente hacia atrás, y entonces conocí..... ¡oh Dios!..... á Isabel. Ella fijó los ojos en mí, á tiempo que el coche tomaba la vuelta y se encaminaba á la Ribera de San Cosme. Mis ojos la siguieron hasta que se ocultó detrás de los arcos de la garita.

Perecióme aquello una ficción, no atreviéndome á dar crédito al testimonio de mis sentidos. Quizá me habré engañado, decía entre mí: quizá la persona que ví es semejante á Isabel, mas no ella misma. ¿Pero quién puede igualar su hermosura?... y sobre todo, aquella mirada que me dirigió llena de sorpresa, sólo puede ser suya. Seguí el rastro de las ruedas, y cuando me hallaba no muy distante de mi habitación, ví parado su coche en una de aquellas casas de campo. Aun más, la ví á ella misma asomada á una ventana, de donde se retiró con presteza luego que me divisó.

Me dirigí inmediatamente al dueño de aquella casa, que era conocido mío y vivía en otra vecina.—¿Quiere vd. decirme, le pregunté, quién vive en este edificio contiguo?—Una señora viuda, me contestó, recién venida de la Habana.—¿Cómo se

llama?—Doña Isabel Gallardo.—¿Está vd. cierto de lo que dice?—Y tan cierto, que ha venido recomendada á un hermano mío, por cuya mediación la he dado la casa que habita. Sé muy bien su historia, y puedo referírsela á vd. Ha de saber pues.... —No quiero saber más: bástame lo que vd. ha dicho, le dije entonces, y salí de su casa con precipitación. El, que era eterno hablador, quedó no poco descontento al verse cortado al principio de su narración.

Escribí inmediatamente una carta á Isabel, pidiéndola una entrevista. No obtuve respuesta; con lo que ciego de incertidumbre y amor, me arrojé á lo interior de su habitación, más sediento de sus luces, que la simple mariposa de los resplandores de la llama. La encontré sola en su estrado, graciosa y sencillamente vestida: las trenzas de su rubia cabellera caían al descuido sobre su enhiesto cuello. Ni ella ni yo articulamos una sola palabra por un breve espacio de tiempo: la turbación de ambos era suma: á mí me saltaba el corazón del pecho.

—Al fin, la dije, te vuelvo á ver, Isabel. ¿Por qué me dejaste?

—No sé, respondió ella, con voz cortada, cómo tiene vd. valor de reconvenirme.

—Porque juraste ser mía, y echando al olvido tus promesas, me abandonaste.

—Pensé en otro tiempo que un hombre

á quien había amado de veras, sería capaz de una constante y fina correspondencia. Vd. sabe lo que ha pasado, y no quiero repetirselo.

—Isabel, tú sabes mi flaqueza, pero no mi arrepentimiento: perdóname, que harto cruel ha sido tu venganza para conmigo.

—Desde que vd. me renunció y yo contraí nuevas obligaciones, sólo pensé en cumplir con ellas. ¿Hay en esto alguna venganza?

—¡Ah! no sabes lo que hiciste. ¡Qué herida tan profunda causaste á mi corazón! ¡Qué infeliz, qué miserable he sido desde entonces!

—Si vd. ha sido desgraciado, su conducta fué causa de sus daños.

—Será lo que tú quieras; pero el caso es que mi falta, hija de mi indiscreción, no ha merecido tan duro castigo.

—Yo no castigo á vd. No he hecho más que retirarme de quien me desechó.

—Fué momentáneo mi olvido.

—Pero al fin fué olvido.

—Te adoro más que nunca.

—Y yo he renunciado al amor.

—Que ¿no me volverás tu corazón?

—Jamás.

—¡Jamás! ¡Ah, cruel, qué es lo que dices! ¿Quién podrá arrancar tu imagen de mi pecho? ¿Quién hacer que no te adore? No hay poder bastante para esto.

Al decir estas palabras me eché á sus

piés, pero ella se levantó con velocidad, y dejándome solo en la sala, se entró en una pieza inmediata. Quise seguirla, y me encontré con la puerta cerrada.

El sonrojo y la vergüenza me ocuparon de tal modo, que perdí la vista, y sentí que una llama invisible abrasaba mi semblante. Despechado y frenético salí de allí con ánimo de tomar una violenta resolución.

A pocos pasos de la puerta, me encontré con el individuo que me había dado poco antes noticia de Isabel.—¿Sabe vd., me dijo, que la señora de quien hablamos esta mañana, es buena moza á las derechas?—Ya lo sé, le contesté con sequedad.—Pues aun hay más; sobre bonita, es rica.—No lo sé.—Sí señor, su marido era hombre de muchos bienes: falleció dejándola en cinta; y su hijo falleció á los tres meses de nacido; con eso la madre quedó heredera de todo.—Me importa muy poco.—Pues no dirá otro tanto un sobrino del difunto, el cual está bien apasionado de la viuda, y deberá llegar aquí muy breve en su seguimiento.—¿Cómo! ¿qué hay en eso?—No hay más, sino que se casarán.—¿Que se casarán?—Sí señor. ¿Qué dificultad hay en esto?—Más de la que vd. pueda figurarse. ¡Vive Dios!...

Me retiré á mi casa despedazado de rabia y de celos. Arrojado en el lecho prorrumplía unas veces en lágrimas involuntarias, otras quedaba como petrificado: al fin

exclamaba,—¡perder á Isabel de nuevo!..... no es posible.—Nunca me había parecido más bella que aquel día: su misma severidad la había dado mayor interés. Mi pasión era violenta, era suma, era una fiebre agudísima que me devoraba. Sobre todo, lo que se me había dicho de ese desconocido rival, me tenía en un estado de verdadero frenesí. Suspendí la ejecución de mis ya medio trazados proyectos, con ánimo de aguardarlo, y disputarle en un desafío á muerte la posesión de Isabel.

Así pasé la noche más borrascosa de mi vida. No logré en ella un sólo momento de descanso. Mi imaginación giraba en un estrechísimo círculo de que no le era dado salir: parece que una fuerza mágica ligaba mi pensamiento á un solo punto. Entonces formé juicio de los tormentos eternos á que están condenados los réprobos en el otro mundo.

A la mañana siguiente recibí una carta. Abrola, y veo que decía de esta manera:

“Pudiera y aun debiera evitar toda conferencia con vd.: sin embargo, circunstancias particulares me hacen decirle que si gusta nasar á esta su casa, lo aguardará en ella.—Isabel.”

Extraño me pareció este paso. Sin hacer cuenta de la hora que era, partí en el acto, y no parándome en respetos, nulos para quien todo el mundo era nada, llegué á la casa de Isabel, y pentré hasta su

alcoba, donde la encontré, bajo una vistosa colgadura, apoyada en el lecho sobre unos mullidos almohadones. Sobresaltóse al verme, y tomando una parte de la ropa que la cubría, la llevó á su pecho más blanco que la nieve. Su cabello bajaba hacia él en desordenados rizos, y en sus ojos brillaba la duda, la compasión y la sorpresa.

—Vengo, la dije, por obedecer tus órdenes.

—No creí ser obsequiada con tanta puntualidad, replicó ella, mostrando una expresión más blanda que el día anterior. Yo esperaba á vd. á eso del medio día.

—Para el que ama sin esperanza, toda hora es á propósito.

—Podemos tomar en este asunto un temperamento con el cual quede todo conciliado. Nuestras relaciones contraídas en la niñez, han sido demasiado estrechas para que puedan romperse. Conservémoslas, pero bajo otra forma. No me hable vd. de amor, sino de amistad, y esto basta.

—Te amé de niño, te amo ahora, y te amaré toda mi vida.

—Veo que el mal de vd. es incurable.

—Tan incurable como tu perfidia.

—Vd. insiste en culparme de su desgracia (si desgracia fué perderme), siendo vd. mismo el que la causó.

—Tienes mucha razón.

—Ya se ve que la tengo.

—La primera vez que me abandonaste tuviste disculpa, ó si te empeñaste en ello, tuviste un motivo plausible. Hoy que me pospones á otro, ¿podrás decir lo mismo?

—¿Qué dice vd.? ¿yo posponerlo á otro?

—Estoy impuesto de todo, y sé lo que debo hacer. El malvado que me roba tu corazón no se gloriará de su triunfo: yo lo aseguro.

—Veo que toma vd. las cosas muy á pechos. Entremos en explicaciones.

—Dí lo que quieras mi resolución está tomada.

—Es verdad que he sido nuevamente pretendida, ¿por qué lo he de negar? pero también lo es, que me he rehusado á toda solicitud.

—¿Lo creo! ¡como que has renunciado al amor!

—Sí, porque conozco á los hombres: al que juzgué firme, lo encontré falso.

—¡Oh! ¡tu nuevo pretendiente será un modelo de lealtad!

—Para excusar reconvenciones diré, que pues no amo á vd., tampoco amaré á nadie.

—No sólo no me amas, sino que me aborreces.

—Siempre anda vd. por los extremos. ¿Juzga acaso que yo le aborrezca?

—Isabel, no te burles de mí. . . . no me atormentes. . . . Vuélveme tu afecto, ó déjame hacer lo que me conviene.

Pronuncié estas palabras con tanta resolución, que ella se conmovió al escucharlas.

—¡Ah! proseguí; si fueras para mí lo que fuiste antes, corta sería mi vida para ser en ella tu esclavo.

Ella bajó los ojos; estrechó á su pecho la ropa que aun tenía en una mano, y quedó en silencio, llena de rubor.

—¿Por fin, continué; harás las paces conmigo?

No me contestó.

Fué imposible contenerme: me arrojé al borde de la cama, y doblada en tierra una rodilla, la tomé una mano, y estrechándola á mis manos, la dije resueltamente: No me iré de aquí hasta que no me hayas perdonado.

—¿Qué hace vd., Don Teodoro, replicó ella con voz trémula!

—¿Qué hago? recobrar lo que es mío: conquistar de nuevo tu corazón; ganar. . . .

—Levántese vd., no entre alguno y le vea en esa postura.

—No me levantaré hasta que me restituyas á tu gracia: hasta que me digas: Soy tuya como lo era antes: hasta. . . .

—Es vd. muy exigente. . . . conviene meditar las cosas antes de resolverse á ellas.

—Por Dios, no me mates con tu tardanza. . . . ¿Serás mía?

—Yo se lo diré á vd. después.

—No, no, en este momento.  
—De aquí á un rato... de aquí á un rato.

—¡Isabel! ¡mira lo que haces!

Ella me estrechó la mano con que yo tenía tomada la suya. Sus ojos resplandecieron con una luz celestial.

—¡Isabel! ¿serás mía?

—Sí, contestó con voz apagada.

—¡Amada mía! tú eres mi esposa, mi deidad, mi...

—Basta, basta, levántese vd. y vuelva luego, que tenemos mucho que hablar.

Salí de allí lleno de un júbilo inefable. Volví al cabo de un rato, y encontré á Isabel vestida. ¡Qué hermosa estaba! Llena de pasión y de ternura me recibió con el cariño de esposa y con el fuego de amante. Dispusimos celebrar nuestro matrimonio de allí á quince días, á cuyo fin practiqué las diligencias necesarias.

La víspera de nuestras bodas salimos en la noche á pasear por la calzada, gozando de la luna, que brillaba con plenitud, sobre el azul del firmamento. Distraídos con la conversación, llegamos hasta la Merced de las Huertas. Sentados allí en una piedra, no nos cansábamos de admirar la serenidad de la noche, imagen de la dicha que nos aguardaba. Mira, la decía yo, parece que toda la naturaleza participa de nuestra felicidad. Arrebatado de gozo, cesé con un brazo su esbelta cintura, dejando

caer sobre su pecho mi cabeza. ¡Qué enagenamiento fué el mío cuando sentí que su rostro se juntaba con mi rostro, y alzando los ojos, ví que los suyos se fijaban en mí con dulce languidez! ¡Oh momento delicioso!

Pasaba por casualidad un pobre viejo, y viéndose solos en aquel sitio, y á tales horas, se acercó á nosotros y nos dijo: Señores, ¿qué no temen vds. á los ladrones? Hay muchos en estas cercanías, y la hora y el lugar son muy expuestos. Era verdad: en aquellos días se habían hecho por allí no pocos robos. Agradecemos al buen viejo su oficiosidad, y regresamos á la casa de Isabel, donde la dejé á ella hasta el día siguiente. Llegó la aurora con menos presteza de la que yo deseaba. Acompañado de pocos amigos, y de la familia con quien había vivido hasta entonces, pasé por Isabel, la cual salió de su puerta, más risueña y esplendente que el lucero de la mañana. Si hubiera sido en aquel momento rey del mundo, hubiera cedido la diadema por una sola mirada de mi esposa. Llegamos por fin al templo, y habiéndonos dado las manos, quedó asegurada nuestra unión.

Pasé aquel día en las delicias mas puras. Se acercaba la noche, cuando una persona, á quien yo no conocía, me envió una esquila, suplicándome pasase á hablar con ella á la casa número... frente á la Alameda, á



cuyo fin me enviaba un coche. Contestele que no podía servirla por entonces, sino que me reservaba para el día siguiente. A poco rato recibí segunda esquila, en que me aseguraba el desconocido ser muy urgente el asunto para que me llamaba, prometiéndome también que mi ausencia sería muy corta. Más bien por librarme de importunaciones que por otra razón, obedecí al llamamiento, y salí de casa con ánimo de volver á ella inmediatamente.

Llegué al edificio señalado, donde se me hizo esperar mucho tiempo. Al fin se me presentó un clérigo, dándome mil disculpas por su tardanza.—El individuo, me dijo, con quien debe vd. hablar acerca del asunto, para que yo lo he citado, se halla actualmente en la misma casa de vd.: partamos á ella si le parece.—Partamos, respondí con impaciencia, no pudiendo sufrir que en un día como aquel, se me estuviese importunando de aquella manera. Llegamos á la casa, y noto que nadie se me presenta. Entro á la sala, y no veo en ella más que á otro eclesiástico que me estaba aguardando. Sentéme en medio de los dos, extrañando que todos los concurrentes á quienes había dejado poco antes, se hubiesen retirado.

Vuelto á mí uno de aquellos eclesiásticos, me dijo: A vd. le cogerá de nuevo mi visita, y la extrañará mucho más, cuando sepa el objeto de ella.

Yo fijé en él los ojos con inquietud.

—El asunto que aquí me conduce, prosiguió, es bastante desagradable para mí: sólo la necesidad me hizo tomarlo por mi cuenta.

Luego que oí aquellas palabras, imaginé que los que estaban delante de mí eran ladrones, y que habían venido disfrazados en aquel traje para lograr mejor sus intentos. La fama que empezaba á tener Isabel de rica, hacía muy probable este acontecimiento. Viéndome indefenso, y considerándolos á ellos bien prevenidos, y apoyados en la ayuda de otros, les empecé á hablar en un lenguaje que pudiera satisfacer sus deseos.

—Caballero, prosiguió el eclesiástico, veo que vd. se equivoca. Sé quién es vd., y no ignoro ninguna circunstancia de su vida. En prueba de ello vea la larga carta, que para instrucción mía, me ha escrito el cura de... en cuya compañía ha vivido vd. mucho tiempo.

Conocí la letra, y quedé convencido de la sinceridad de la persona que me hablaba.

—Sé, continuó éste, como ya he dicho, la vida y amores de vd., y sé también algunas circunstancias que vd. ignora, puesto que fui gran amigo del difunto marido de Doña Isabel, en la cual han recaído todos los bienes de aquel.

—Si de bienes se trata, repliqué con viveza, poco me importan todos los del mundo.

Jamás ha entrado en mi amor el cálculo del interés....

—Dejemos eso por ahora. Doña Isabel y vd. se han visto aquí por casualidad, y hace quince días que concertaron su matrimonio con perjuicio de....

—Con perjuicio de nadie. Repito que no quiero riquezas, y que....

—Veo que vd. me interrumpe. ¿Podré referirle un suceso grave?

—Diga vd. lo que guste.

—Una señora, hermana de ese mismo cura, con quien vd. vivió, tuvo dos hijos naturales, cuyo origen se ocultó cuidadosamente, para cubrir su honor. Tengo en mi poder un documento secreto, que comprueba cuanto estoy diciendo.

—¿Y qué me importa á mí eso?

—Mucho: vd. no se puede casar con Isabel.

—¿Por qué?

—Porque es hermana de vd.: ambos son esos hijos de quienes acabo de hablar.

Casi muerto quedé con lo que acababa de oír: halléme de repente hundido en un abismo, permaneciendo por largo tiempo en un penoso estado de estupor. Cuando volví de él, se me aseguró que Isabel se hallaba en un convento de monjas, y que jamás volvería á verla, ni como esposa, ni como hermana. Soy el más infeliz de los hombres, y marché á Veracruz con ánimo

de salir fuera de mi patria, deseando acabar cuanto antes mi miserable existencia.”

Ya empezaban á despuntar en el oriente los primeros rayos de la aurora; el viento había calmado, y las nubes no empañaban la claridad del horizonte. Todo estaba dispuesto para emprender la marcha. Mi amigo y yo tomamos rumbos diferentes, separándonos.... “para siempre.” A pocos días supe que el barco en que salió del puerto, había naufragado á poca distancia de la costa, sin salvarse siquiera uno solo de cuantos iban en él. Los destrozados huesos de Teodoro yacen insepultos en la playa, y la mísera Isabel, sabedora de tan triste caso, llora su memoria, y ruega á Dios por el descanso eterno de su hermano, en uno de los monasterios de esta capital.

